

C E S E D E N .

AL MARGEN DE LOS CLASICOS (2)

ARON, RAYMOND

Paz y Guerra entre las Naciones (1)

Primera y Segunda Lectura

- Por D. José DELGADO LOSADA, General de Brigada de Ingenieros (DEM).

Febrero 1986.

BOLETIN DE INFORMACION n° 189-IV.

Raymond Aron (n.14 de marzo de 1905 +17 de octubre de 1983), es una figura - lo suficientemente conocida para evitar nos cualquier presentación. Sociólogo - francés de renombre internacional y autor de gran número de libros, ensayos y artículos, ha publicado en diversos idiomas y colaborado en revistas de muchos países.

Es muy útil leer a los clásicos aunque sea para disfrutar marginando sus páginas con los propios errores. "Paz y Guerra entre las Naciones" es una obra que a muchos les hubiera gustado poder escribir. Tristemente no tenemos ninguna parecida de autor español, por supuesto que muy pocos son capaces de desarrollar un trabajo tan denso y profundo, vigente después del tiempo transcurrido desde su redacción, lo que representa la mejor prueba de la validez del conjunto y de su consideración de obra de permanente interés, de aquí su categorización de clásico.

Escrita por un español hubiera resultado sin duda menos española que la de Aron resulta francesa, como siempre ocurre con los escritores del país vecino, cualquiera que sea su tendencia o ideología y de acuerdo con la hispánica forma de hacer y de sentir.

El autor nos cuenta que ya en 1954 antes de publicar "L'Opium des Intellectuels" anunció en un artículo su pensamiento de escribir la obra que hoy marginamos y que tardó en hacerse realidad siete años. Su idea inicial fue variando hacia niveles de conceptualización no ligados a problemas transitorios que pudieran envejecer la obra y lo ha logrado con plenitud.

Mi primera lectura en español fue en 1963, dos años después de que fuera publicada en París y no le hubiera sido ne-

cesario explicar al autor, como lo hace en el prólogo de la edición en español que en los dos años transcurridos el mundo no había variado la forma de dar sus vueltas y los personajes de la farsa eran más o menos los mismos.

Cuando realicé la primera lectura recién doctorado en la E.E.M., ya era historia el asunto Cuba y el asunto Argelia. Es el año en que Kennedy es asesinado en Dallas. China no ha hecho explotar aún su propia bomba, Sokolovsky publica su Estrategia Militar y está para nacer el CESEDEN. Coincide la lectura con la presentación por el autor que nos ocupa de un curioso número de "Tiempo de España" preparado con motivo de un coloquio celebrado en Nápoles por el Centro de Sociología Europea:

"España ha entrado en la vía de la modernización, está a punto de salir del semiaislamiento económico-industrial.....  
y se realizará inevitablemente en comunidad con Europa.

Estas palabras de Aron leídas casi a la par de una primera lectura de su obra de "paz y guerra" ilusionaban al capitán aunque por otro lado en verdad que pocas veces se acuerda de España para ponerla como ejemplo o por lo menos preguntarse por ella dentro de la sistemática del libro, puro interrogante, porque en cada uno de sus capítulos se pregunta incansablemente sobre muchos de los temas que desarrolla dejándonos en la duda, no sistemática, pero sí suficiente para no buscar en sus páginas soluciones a los problemas en verdad insolubles que se plantea. De su lectura nace también el interrogante fundamental en mi marginación-reflexión: ¿Por qué ese olvido? ¿Tan poco importante éramos? ¿Es qué no interesaba que fuéramos importantes?.

Acababa de estudiar exhaustivamente eso que huele a tópico de nuestra situación privilegiada. Había rodado palmo a palmo o por lo menos sobre un cincuenta mil, la no desdeñable extensión superficial de nuestra patria. Atisbado en su propio solar su masa de población de idiosincrasia tan diversa y peregrina. No éramos tan enanos que se nos pudiera olvidar, así como así, en un libro que habla de paz y guerra y que habla bien y profundamente. Al capitán le parecía, al menos incomprendible, que sólo se acordase de nosotros en los ratos malos de la conquista o en los peores de la decadencia, cuando tantos casos de humana generosidad, de aciertos y de éxitos teníamos en nuestro balance.

Ante la nueva edición de "Paz y Guerra entre las Naciones" después de veinte años, conservamos con claridad los conceptos aprendidos de la obra. En la sociedad internacional, los con-

flictos se siguen generando por iguales o parecidos motivos. La afirmación de atribuir a los hombres de estado una ceguera excepcional por la que admiten la posible decisión por las armas, a propósito de metas sin importancia, es fruto de la ineludible verdad que supone el probado desconocimiento de la historia que "hacen". En general ignoran las consecuencias futuras de sus actos, ofuscados por objetivos fútiles e insignificantes.

Por muchos mecanismos que la Tecnología nos proporciona, la diplomacia y la estrategia, es decir el diplomático y el estratega actúan, se deciden, en un determinado sentido, aún a pesar de las técnicas avanzadas de los artilugios a su servicio, sin haber reunido todos los conocimientos deseables y con la certidumbre de que su acción se basa tan sólo en probabilidades por lo que sigue siendo cierto que la conducta diplomática y la estratégica presentan cierta analogía con la conducta deportiva. Es más, como la naturaleza de cada guerra depende de múltiples circunstancias, el estratega debe comprender que no siempre está en su poder el modificarlas sino el "jugarlas" con lo que en su cerebro tenga de arte y su dosis adquirida de ciencia, (2) sin perder de vista la responsabilidad que entrañan, sus actos más nimios.

Hablando de la segunda guerra mundial los estrategas no sabían qué parte de Europa ni qué parte de Asia respondería al interés americano. No sabían qué parte del Japón o de Alemania eran "enemigo" (3). De ambos lados el cálculo resultó ser equivocado en muchas ocasiones: los submarinos y los aviones americanos destruyeron en cuatro años la totalidad de la flota del Japón, radicalmente derrotado antes que la bomba americana incendiara sus ciudades y que Roosevelt pagase con largueza la entrada en guerra de la Unión Soviética (a la que, por el contrario, debería haber estado dispuesto a pagar por su abstención). Los cálculos no fueron menos falsos por lo que respecta a la psicología. Las democracias cultivan a menudo ideologías pacifistas pero no siempre son necesariamente pacíficas. En cualquier caso y una vez encolerizadas golpean con dureza (4), y lo demostraron con creces, en diversas circunstancias.

En lo referente a la dirección de los encuentros y la conducción estratégica son raras en la historia moderna de Europa las circunstancias en las que los jefes han tenido libertad para hacer todo lo que parecía eficaz y útil, y en el plano estrictamente militar, pertenece más a la regla que a la excepción que los generales tengan que renunciar a muchas acciones por el respeto a la legalidad internacional o a caprichos, razonables o no, de aliados y neutrales (5).

La falta de una perspectiva global y de objetivos definidos, llevan con acierto, a indicar que la política cae en ocasiones en el error tan señalado por Clausewitz: "si la política exige de la guerra lo que ésta no puede dar actúa en contra de sus propios principios" porque la política debe conocer el instrumento del que va a servirse y por consiguiente saber lo que es exigible naturalmente y lo que puede ser absolutamente indispensable para sus fines ya que lo racional exige pensar en la paz por encima del estruendo de los combates pero no puede olvidar la guerra a pesar del silencio de las armas (6), (7), (8), ni hacer el juego a pacifiquerías sensibleras o intencionales, coyunturales y esporádicas.

Una diplomacia que pretenda actuar sin un ejército en estado de combatir o una diplomacia política que dispone de un ejército incapaz de cumplir las misiones exigidas por los objetivos, es una falta de respeto a la lógica que sólo explican la desviada psicología de gobernantes y de pueblos, posibles errores intelectuales (9), o deformaciones ideológicas, de partidos que defienden tesis contrarias al "bien común" de las mayorías informadas.

Recalca Aron en muchos de sus párrafos la influencia de la situación geográfica como una constante sobre las posibilidades de acción de las unidades políticas (10). Determinadas situaciones favorecen el poder defensivo y la potencia de una colectividad puede estar en función de la característica del espacio que ocupa (11). Algunos estados consideran una bendición las barreras creadas por la naturaleza. Explica los conocidos ejemplos de Rusia con sus inmensas distancias y la fortaleza de una Suiza y no nombra a España dentro de aquellas naciones que lograron vencer por el carácter de sus hijos y las peculiaridades de su territorio, su silencio sin paliativos impresiona irremediablemente.

Se pregunta Aron por la forma útil de valorar la potencia y nos deja en la incertidumbre, tal vez porque cualquier obra humana esta marcada en su nacimiento siempre por la duda. El hombre sin saber o sin querer creer de donde viene o a donde va, ha de mantener forzosamente muchas indeterminaciones, entre ellas, su propia estimación, la autovaloración de las posibilidades, para que toda la nación actúe con vista a la guerra, unos bajo el uniforme, otros en la fábrica o en los despachos y otros en fin en los campos produciendo todo lo que hace falta para abastecer a la retaguardia y al campo de batalla, es necesario que la administración sea capaz de distribuir a la población en los diferentes empleos llegando a reducir el número de trabajadores que fabrican bienes no indispensables y atribuir a cada uno, en lo posible, la labor en la que puede dar el máximo rendimiento (12). En tiempo de guerra el coeficiente de movilización no sólo es función de la capacidad administrativa sino

también en parte del consentimiento de las masas a los sacrificios. A partir de un cierto punto no se puede incrementar el esfuerzo si no se toma de otros empleos y no sabemos nunca con certeza hasta que punto es posible este trasvase de energía sin que se sientan afectados los hombres en su moral. Parece que los pueblos habituados a un bajo nivel de vida aceptan las privaciones con mayor facilidad pero también es cierto que dadas las avanzadas tecnologías de producción, en situaciones reales, el volumen reductible es mayor en los países ricos que en los pobres pues los márgenes de oscilación son tanto más amplios cuanto más alto sea el nivel de que goce la población en tiempo de paz (13). Muchos de los problemas militares de organización y logística son tan similares a los de la industria o transporte que efectivamente podemos considerar con Aron que los técnicos aprenden rápidamente los deberes que tuvieran que cumplir dentro de la estructura militar y está demostrado que un país rico y próspero facilita en número suficiente los soldados y los cuadros capaces de soportar los rigores y los peligros de una batalla moderna (14), al margen de ideologías y regímenes, y por mínimo sentido de unidad y solidaridad que presente.

Por otro lado también está muy claro que la calidad del oficial y la eficacia del ejército suelen estar influenciadas por la psicología de la nación y por la política imperante. Según sea el prestigio del "oficio de las armas" y la situación material y moral de los oficiales dentro de la nación, así serán mejores o peores los cuadros militares y se dedicarán al estudio de la defensa nacional o se desinteresarán de él los mejores talentos. Aron duda que se produzcan en la República Federal Alemana las circunstancias a las que debieron el ejército alemán la calidad de sus mandos. Piensa que no subsisten tres cosas que considera indispensables: la aristocracia, su sentido orteguiano del servicio público, fe en la grandeza de la patria y prestigio del uniforme (15), aunque el ave Fénix etc, etc., y Fénix era hermano de Europa, aunque otro.

Toma de Renan una fórmula y la matiza: "no hay disciplina en el ejército cuando no la hay en la nación" pero para Aron la caricatura no es precisamente el retrato detallado de unas relaciones muy complejas y sutiles. La aparente anarquía interna que puede contemplarse en determinadas fases históricas de algunas democracias no excluía por supuesto la disciplina en factorías y cuarteles y nos brinda el ejemplo de su propia IV República entre 1945 y 1958 cuando todos los oficiales daban testimonio de la disciplina de los hombres de reemplazo. A veces la ficción puede producir la falsa imagen de una disciplina aparente que se desmorona con facilidad al primer embate como en la Italia

musoliniana (16), la disciplina es consecuencia, a veces de una idea general compartida por las masas, de una confianza ilusona da en el porvenir.

Aron dedica gran parte de su libro a contemplar desde diferentes distancias y ángulos muy diversos esa difícil postura de equilibrio en la que desgraciadamente hemos de mantenernos para sobrevivir y desarrolla toda una teoría sobre lo que nació lla mándose política del equilibrio, tan antigua como la cultura griega, madre de la romana, madre de la europea, madre de la occidental reinventada por Stanhope cuando en la escena aparecieron actores con fuerza suficiente para anular a los demás y a propósito de estos buscados equilibrios, comenta a Hume en el análisis de la rivalidad entre Francia e Inglaterra y copia al pie de la letra un párrafo que transcribe en inglés, como otros a lo largo de su obra, pero que tiene como curiosa característica la de aludir al espíritu "Of bigotry and persecution" de la Casa de Austria y que en una nota a pie de página traduce por beatería y su perstición exagerando notoriamente o "prejuiciosamente" lo que quiso decir Hume (17), con relación al momento histórico.

Del equilibrio pluripolar que hoy se mantiene gracias a determinados pactos y alianzas hace Aron unas consideraciones extremadas cuando afirma que puede ser imprudente aunque no es inmoral contemplar pasivamente la ascensión de un Estado a un nivel de superioridad tal que sus vecinos se vean a su merced. La llamada política realista, única posible de ejercer junto con una diplomacia también realista, para que se mantenga el equilibrio pluripolar, piensa con nostalgia que no está en conformidad con las más altas exigencias filosóficas. ¡Conclusión dura y triste! Una diplomacia pura de equilibrio ignora y debe ignorar los sentimientos y no tiene ni amigos ni enemigos auténticos, porque no se consideran peores a estos últimos que a aquéllos y no hay una condena formal a la guerra en sí. El egoísmo o corrupción moral de los estados, la perversión calculadora es menos temible que las pasiones, que aún siendo realistas, son ciegas. Puede que tengan razón, pero son desagradables las reglas de Kaplan, maquiavélicas y actuales, sobre el "balance of power".

Aron lleva con una fría rigurosidad su pensamiento: para mantener el equilibrio de un sistema puede ser preciso no llegar al límite victorioso si se teme que de continuar el combate se destruiría al enemigo temporal que lo equilibra. Si la eliminación de unos de los actores principales trae consigo directa o indirectamente la entrada en escena de un actor equivalente el estratega ha de preguntarse cual de los dos es más favorable a sus propios intereses y comentando los errores de la segunda mundial (18): Hitler no tuvo el monopolio de los errores y en última

instancia Stalin jugó a ser el más listo, y no por el mérito de su ingenio. Una vez eliminada, Alemania no presentaba obstáculo alguno para la penetración rusa y Aron explica lo que vino después por falta de conciencia de los americanos ante la contradicción de los intereses soviéticos y los intereses americanos. Si esta conciencia hubiera existido, el dueño de Kremlin hubiera tenido un difícil papel que jugar. Invitado a intervenir para dar el golpe de gracia al Japón y autorizado a ocupar la Europa del Este, aceptó sin hacerse rogar lo que tan graciosamente le era ofrecido (19). No hubo la menor previsión Kaplan, surgió después.

Culpa a "falta" de conciencia global en el momento preciso, la causa de todos los acontecimientos que han constituido y constituyen nuestra vida, nuestras preocupaciones y a la distribución dipolar de la hegemonía que sufrimos, sin que pueda demostrar que lo que aparece como "falta" no fuese sencillamente fría lógica, ante la evidente potencialidad futura de una - Euroáfrica bien dirigida, un "mare novum nostrum" cerebro humanizador de materialismos extremos. Cuando las ideas se centrifugan pierden su carácter espiritual iniciador, cristalizando en formas más o menos agudas de teorías epicúreas.

En el capítulo dedicado a la búsqueda de una moral, después de hablar de los fusilamientos rusos y del cierre de las universidades polacas por los alemanes en un pasado ya remoto, da un salto atrás, un salto mortal en la historia, de los que da bastantes a lo largo del libro para sorprendernos: "Las clases cultivadas de los imperios Inca y Azteca se vieron diezmadas por los invasores venidos de España y las masas Indias, privadas de su cultura tradicional, vegetaron durante siglos sin razón de vivir, tratadas como subhombres por los vencedores, convertidos en la clase privilegiada de la sociedad colonial" y se queda impertérrito después de esta ilógica afirmación que toda una teoría de mestizaje y de entrega total hacia poblaciones incultas y sacrificadas desmiente a la menor profundización en un estudio histórico serio (20) (21).

Si en vez de ser en página casi final hubiera sido en una del comienzo es posible que hubiera leído con una dosis menor de optimismo el resto de una obra, por lo demás, digna de elogios.

Menos mal que en unos párrafos atrás habla de una combinación de hecatombe, servidumbre y conversión que parece aplicar a los conquistadores españoles e insinúa que los pueblos eran al mismo tiempo evangelizados, minorizando de todas maneras, con una óptica actual, la razón y el sentido del esfuerzo de un pueblo volcado en misión redentora.

Ya en el capítulo dedicado a imperialismo y colonización considera a la acción del español de América como algo intermedio entre colonización e imperialismo (22). No tuvo la visión más trascendente de que al no ser ni lo uno ni lo otro no tenía por qué aparecer como intermedio entre ambas posturas sino diferente. El mismo nos expone, aunque con mucha prudencia, que la psicología de los conquistadores españoles no se prestaba a la simplificación tan grosera de imaginarlos a todos exploradores o a todos mercaderes y concede a la motivación religiosa la dirección de muchas conductas (23).

A lo largo sin embargo de toda su obra desde las primeras páginas no refiriéndose necesariamente a nosotros, afirma que los conquistadores destruyeron civilizaciones que no podían ni querían comprender (sic) (24). Philips W. Powel en su libro "Tree of Hate" transcribe del profesor Tate la Lanning: Si cada español de los que integran la lista de Bermúdez Plata, es decir los que pasaron el océano durante los años inmediatos al descubrimiento, hubieran suprimido a un indio cada día laborable y tres cada domingo hubiera sido preciso el transcurso de más de una generación para alcanzar la cifra a la que llegan en retorcidos y desatinados cálculos algunos compatriotas del citado historiador.

En los párrafos que dedica a encontrar un orden en el devenir echamos de menos una alusión aunque sea de pasada a los españoles por lo menos por cuadrar el texto: no es cierto que los pueblos sean siempre los mismos a lo largo de su historia, siempre crueles los alemanes, pérfidos los ingleses y superficiales los franceses (25), y cuando describe objetivos para ese devenir deja transparentar fielmente su preocupación. Objetivos históricos, objetivos eternos, constantes nacionales, dualidad esencial de la potencia hacia el exterior y en el logro del bien común. Reflexiona sobre el interés nacional y se manifiesta incompetente para definirlo de una forma clara amparándose en que el sociólogo no es capaz, razonablemente, de marcar en verdad unos objetivos de interés nacional porque estaría, en nombre de la ciencia, en situación de dictar a los estadistas su conducta (26) (27). Sutil conclusión que no tiene en cuenta la fuente donde han de beber los que aspiran a funciones de gobierno, que no son otras que las "aguas" de sociólogos, científicos, ideólogos e idealistas.

Otra preocupación es el "número" y como nada hay nuevo bajo el sol nos trae a cuento una cita de Polibio en la que nos muestra a una Grecia que sufre una detención en la procreación. Con la falta de hombres las ciudades se despueblan y los hombres amantes del dinero y de la pereza no quieren casarse o

si lo hacen no quieren mantener una familia y a lo más tener uno o dos hijos para dejarlos ricos y criarlos en el lujo y concluye que en las naciones civilizadas el número de la población y la calidad de los hombres suelen ser directamente proporcionales a las ventajas morales y materiales (28), (29), (30), ¿y viceversa?.

Nos trae a colación las raíces biológicas, psicológicas, sociales de la guerra y nos aclara que fue al principio del siglo XIX cuando se extendió la concepción sansimoniana y positivista de una antinomia fundamental entre guerra y trabajo. Miope y exagerada separación pues lo militar no es siempre belicoso ni lo antimilitar es siempre pacífico y sólo una decepción histórica explica el éxito de la propaganda contra las estructuras militares. Muchos hombres corrientes creen al igual que muchos sociólogos, en la vocación pacífica de las sociedades modernas, - burguesas, industriales y capitalistas (31); pero cada individuo está dotado hereditariamente de una cierta agresividad y aún después de los millones de años transcurridos cada individuo es un hecho (32) no repetido, capaz de realizar acciones imprevisibles. Es posible acrecentar o disminuir por medios de sustancias químicas la agresividad y los expertos pueden hacer de cualquier hombre un león o un cordero; pero el hombre no lucha con sus semejantes generalmente por instinto aunque en cada instante se muestre víctima y verdugo de su prójimo (33). La agresión o la voluntad de destrucción no es la única pero si una de las réplicas a las frustraciones leanse históricas o personales, de individuos y colectividades.

El amor propio, el deseo de posesión transforma a los hermanos en enemigos y a los asociados en rivales. Cualquier propiedad ofrece ocasiones innumerables y motivos irrisorios o grandiosos para la competencia. Todo bien que no es o no puede ser compartido, el poder o la gloria, será eternamente objeto de disputas inevitables. En la medida en que el bien pueda ser compartible hace posible el compromiso aunque la inclinación a la violencia no deja de ser una tentación siempre presente. Aron termina con una pregunta que llena de amargura pero que es totalmente sincera ¿Por qué transigir con otro y darle "su" parte, si por la fuerza podemos obtenerlo todo? (34). Nos abre la luz de la esperanza con una verdad que parece fácil a primera vista y considera que si la agresividad puede ser el efecto de las frustraciones que causa una cultura a aquellos que en ella viven se verá menos atenuada por discursos o tratados que por la reforma del sistema de educación o la modificación de la escala de valores preexistentes (35). Todo muy denso para entrar en los márgenes de un libro moderno vivificador de reflexiones.

De sus lecturas de Spengler, Aron adquiere para la decadencia una sensibilidad especial. Duroselle en su "Historia diplomática" nos cuenta que antes de Helsinki, Alejandro Solzhenit sin había escrito en Le Monde un artículo en el que estimaba que el mundo libre "était déjà vaincu" a lo que Raymond Aron respondía en Le Figaro el 12 de junio de 1975 que la tercera guerra mundial no había tenido aún lugar pero Occidente estaba amenazado, sobre todo, por su pérdida de fe en sí mismo (36). Frase que he visto repetir con mejor o peor fortuna en infinidad de artículos y conferencias sin ofrecer remedios.

El destino de las naciones, esa posible decadencia a que el mismo Spengler trata de buscar salida en sus "días decisivos" hace a Aron meditar sobre una nueva obra que no escribe, aunque se justifica en nota a la presentación de la octava edición de "Paz y Guerra entre las Naciones" y le hace acordarse de España, tal vez porque nuestro rasgo fundamental para el orbe en conjunto sea nuestra secular, afortunadamente inacabable, decadencia, España y luego Francia han discurrido sobre la decadencia, los alemanes sobre la diversidad de forma histórica en las que han expresado su genio y los ingleses hasta fechas relativamente reciente admiraban el irresistible progreso de su destino (37). Existen causas generales tanto morales como físicas que actúan elevando, manteniendo o precipitando cualquier hecho histórico. Todos los accidentes están sometidos a estas causas puntuales y si una causa particular ha arruinado a un estado es por que existía una causa general que provocaba en verdad el movimiento hacia el fin (38). A veces la expansión de una cultura ha coincidido con el punto culminante de una victoria como en la época ateniense pero generalmente aunque han de ir relacionadas pueden estar desplazadas ambas actuaciones en el tiempo (39). La grandeza alemana se vio quebrada por la locura de un hombre pero no murió de consunción como la de España o la de Francia, estas dos naciones no cayeron de un golpe como Alemania ni permanecieron victoriosas hasta su último día a la manera del Reino Unido, lentamente declinaron poco a poco, de ahí el interrogante de los autores españoles durante los siglos que siguieron a su decadencia. En el siglo XIX después de los destrozos (aún no cuantificados) de las guerras napoleónicas y la separación de América, la decadencia de España se hizo evidente y trágica, las luchas civiles y el estancamiento económico precipitaban cada vez más abajo al Estado que había sido el perturbador cuatro siglos antes (40) (41). Sin duda el perturbador, es decir la potencia que puede pretender a la hegemonía dentro de un sistema diplomático debe disponer de recursos superiores, España en sus tiempos era también el país más próspero de Europa. La Francia del XVII y XVIII era el país más poblado y más sólidamente administrado. La Alemania de Guillermo II tenía la primera industria del continente

y terminaríamos el razonamiento con lo sucedido hasta nuestros días (42).

Se podría argumentar para el caso de España, aunque con más de una reserva, que el declinar de la cultura ha seguido al del poder pero quizá fuera más difícil hacer el mismo razonamiento para el caso de Francia (43). Aron nos deja siempre al final la pregunta matriz incontestada y advierte en este caso que pudiera ser cierto que una nación sin idea histórica pierde poco a poco su vitalidad creadora en el orden de la cultura (44), (45) (46).

En el libro largo y profundo en el que sobrevuela - siempre la idea de lo transnacional como sociedad y lo internacional como sistema no podían faltar largas y acertadas reflexiones, como todas las suyas, sobre las alianzas y sus influjos en los sucesos, enfrentamientos y rivalidades del mundo. Piensa que una federación oportuna hubiera evitado las despiadadas batallas con las que alternativa y vanamente España, Francia, Alemania y el corro de comparsas menores, intentaban conseguir cada una en su momento la hegemonía. Es muy posible que de haber sido así, de haber preponderado la menospreciada unidad en el sistema planetario actual, Europa jugase un papel diferente (47).

Existe verdadera indeterminación en la conducta diplomático-estratégica en cuanto a que las unidades políticas están en competencia permanente (48) y las satisfacciones de amor propio, victoria y prestigio no son menos reales que las satisfacciones materiales, ganancia de población o territorio pueden darnos (49). Un estado, tan estrictamente nacional como Francia se convierte difícilmente en el centro de una comunidad multinacional, esta es la clave de algunos problemas de hoy porque a la larga un estado no puede aplicar dos filosofías distintas, una para el interior y otra para el exterior (50) (51). No se permite Aron, aunque en este caso hubiera sido muy útil, un gran salto histórico que le llevase a nuestro Alfonso X, a nuestro Felipe II y preguntarse si España tuvo en aquellos momentos esas tendencias universalistas y globales en defensa de valores culturales por encima de lo nacional que hoy le concede a soviéticos y estadounidenses y no lo infiere de lo hispánico postactual, para los siglos venideros.

Pasa sobre ascua por las reglas que habrían de imponerse por los juristas del momento, de cada momento, a los Estados y las obligaciones de los sistemas internacionalistas y transnacionales, la siempre discutible y peligrosa intervención

en los asuntos internos, la no intervención y toda la variada clase de acciones posibles para conseguir homogeneizar un sistema. Es lógico pensar que los hombres de estado se sienten inclinados a creer que un pacto podría evitar guerras posteriores y que de haber existido algo parecido a los pactos actuales hubieran evitado las guerras precedentes (52).

El concepto de alianza o pacto nos lleva a la intuición, reconocida como una necesidad militar en el transcurso de las dos guerras mundiales pasadas y objeto permanente y obsesivo en el CESEDEN del mando único, que pasaría a ser totalmente indispensable desde el primer día de las hostilidades. Es abundante Aron en ejemplos sacados de los últimos conflictos sobre este tema en el que nuestras notas al margen resultan especialmente afirmativas porque ninguna tesis puede hacernos verosímil aquello que se manifiesta contrario al sentido común y al instinto de conservación. Las locuras encadenadas pueden llevarnos a un desastre total pero detrás de los fríos equipos y cerebros calculadores el hombre con su mezcla de dios y de demonio salva a la humanidad de sus "razonamientos" erróneos (53), pese a los agoreros, de buena fe o intencionales, contemporáneos.

Nos duele sin embargo que en su tratamiento de la dialéctica de la neutralidad, en la que nos da ejemplos de diversa consideración y nos habla de los bloques, de sus componentes y de sus debilidades, España es silenciada, es ignorada, cuando mucho tendría que decir de sus forzadas neutralidades y "abelligerancias", en los años difíciles de pobreza y debilidad o en los menos pobres aunque no mucho menos débiles.

Caminando en busca de soluciones y en lo que se refiere a la paz por el desarme Aron se considera imposible de decretar que la reducción de armamento sea en sí misma favorable o desfavorable para el mantenimiento de la paz mientras subsista una pluralidad de soberanías. En los sistemas internacionales de los que la historia nos ofrece ejemplos, el equilibrio de fuerzas no ha impedido nunca a la larga las guerras y el consentimiento del desequilibrio ha precipitado a veces un conflicto que no era inevitable o que no lo era en el momento de presentarse el aumento de poder unilateral (54). Llega a más en la afirmación de su pensamiento cuando nos dice: "los intelectuales que se consideran humanitarios, partícipes de la tradición de las luces y que reservan su simpatía para el campo soviético y se niegan a distinguir entre los dos gigantes me parecen alcanzados por una perversión del sentido moral. Entre una sociedad de esencia totalitaria y una sociedad de esencia liberal, aquel que sin haberse adherido formalmente a la nueva fe escoge la primera o no percibe entre las dos más que matices, ese hombre está ciego ante los valores fundamentales". (55), (56) y (57).

Ante una estrategia racional y una política razonante el individuo responsable de una colectividad privada o pública a los ojos de los demás debe reclamar lo que le es debido porque no es un bien suyo propio, sino el de las personas cuyo mando ha tomado y cuya carga ha asumido. Nadie tiene derecho a hacer de su nación el Cristo de las naciones (sic). Una nación que tiene la voluntad de vivir, que afirma entre las demás una voluntad de poder, no es por ello inmoral. Los pesimismos realistas tienen como origen una falsa idea, (58) o son resultante de particulares beneficios. El Estado exige del ciudadano que éste llegue a arriesgar su vida por él. Cuando la causa del Estado se confunde a los ojos del ciudadano con la propia, la aceptación del sacrificio se nos aparece con toda claridad y si en determinadas circunstancias las convicciones llegan a estar en polos opuestos, entonces la aceptación del sacrificio se nos aparece con toda claridad y si en determinadas circunstancias las convicciones llegan a estar en polos opuestos, entonces la contradicción es en sentido literal, trágica, hay que traicionar a las ideas o a la patria, contribuir a victorias de cosas que se detestan o a humillaciones colectivas, con resultados denigrantes, históricos y comprobables.

La dificultad de una paz depende más de la humanidad en conjunto que de la animalidad del hombre, único ser capaz de preferir su verdad a la vida (59), aunque "su" verdad sea tan solo suya y la "vida" vivida merezca la pena de seguir viviéndose. Según Raymond Aron "guerra improbable, paz imposible" sigue siendo un emblema válido (60), pese a todas las "buenas intenciones", de belicosos o pacifistas.

## NOTAS

1. Aron Raymond. "Paz y Guerra entre las naciones". Alianza Editorial, S.A., Madrid., 1985.

Aron Raymond. "Paix et Guerre entre les nations", Calmann-Lévy, París, 1962.

Aron Raymond. "Paz y Guerra en las Naciones" Revista de Occidente, S.A. 1963.

2. Op. cit. pág. 59. "La naturaleza de cada guerra depende de múltiples circunstancias, que el estratega debe comprender, pero que no siempre está en su poder modificarlas".
3. Op. cit. pág. 59.
4. Op. cit. pág. 62. "El cálculo resultó ser doblemente equivocado: los submarinos y los aviones americanos destruyeron en cuatro años la casi totalidad de la flota comercial del Japón. Este estaba ya radicalmente derrotado aún antes de que las bombas americanas incendiaran las ciudades y de que Roosevelt pagase la entrada en guerra de la Unión Soviética (a la que, por el contrario, debería haber estado dispuesto a pagar por su abstención). Los cálculos no fueron menos falsos por lo que respecta a la psicología. Las democracias cultivan a menudo ideologías pacifistas, pero no siempre son pacíficas. En cualquier caso, y una vez encolerizados, lo cierto es que los americanos golpean con dureza: el ataque a Peral Harbour daba a la flota japonesa un dominio temporal de las aguas asiáticas, pero hacía altamente improbable la renuncia de los

Estados Unidos a la victoria. El éxito de los cálculos militares, durante la primera fase, excluía el éxito de los cálculos psicológicos, relativos a la fase ulterior. No es que se ofreciera a los jefes japoneses una estrategia mejor. Ninguna prometía razonablemente la victoria en una confrontación entre adversarios hasta ese punto desiguales.

5. Op. cit. pág. 69.
6. Op. cit. pág. 70. El error sería el de confundir motivaciones parciales de carácter político con el orden político mismo, que se define esencialmente por la totalidad, por la mirada unificadora de la inteligencia. "La política une y concilia todos los intereses de la administración interna, así como - aquellos de la Humanidad y de todo lo que el espíritu filosófico pueda concebir, ya que ella no es, por sí misma, sino el representante de todos esos intereses con respecto a los demás Estados", Clausewitz, VIII, 6.
7. Op. cit. pág. 70. A falta de esta perspectiva global y de objetivos definidos, la política cayó en el error indicado por Clausewitz: "Si la política exige de la guerra lo que ésta no puede dar, actúa en contra de sus principios: la política debe conocer el instrumento del que va a servirse y, por consiguiente, saber lo que es natural y lo que es absolutamente indispensable", Clausewitz, VIII, 6.
8. Op. cit. pág. 71. "Lo racional exige, muy al contrario, pensar en la paz, por encima del estruendo de los combates, y no olvidar la guerra, a pesar del silencio de las armas".
9. Op. cit. pág. 73.
10. Op. cit. pág. 86. "Pero la influencia de la situación geográfica sobre las posibilidades de acción de las unidades políticas es una constante".
11. Op. cit. pág. 88.
12. Op. cit. pág. 97.
13. Op. cit. pág. 97.
14. Op. cit. pág. 99.
15. Op. cit. pág. 99. "¿Quién dudaría de que la calidad de la clase militar y la eficacia del ejército estén influidas por el régimen político y por la psicología de la nación? Según sea

el prestigio del oficio de las armas y la situación material y moral de los oficiales, dentro de la nación, así será mejor o peor el reclutamiento de los cuadros militares, -y se dedicarán al estudio de la defensa nacional, o se desinteresarán de él, los mejores talentos. Es dudoso que se reproduzcan en la República Federal las circunstancias a las que debía el ejército alemán la calidad de sus mandos. Ni la aristocracia del servicio público, ni la fe en la grandeza de la patria, ni el prestigio del uniforme subsisten en la República Federal, sin tierras de colonización al este, sin "junkers" y sin perspectivas imperiales".

16. Op. cit. pág. 99-100. Hay opiniones, corrientes en ciertas épocas, que nos dan una idea caricaturizada de estas relaciones, tan complejas y sutiles. "No hay disciplina en el ejército cuando no la hay en la nación". Renan cita esta fórmula elogiosamente. En realidad, la aparente anarquía interna de las democracias no excluye ni la disciplina de las factorías ni la de los cuarteles. Entre 1945 y 1958, la IV República había estado a la búsqueda de un gobierno estable, todos los oficiales daban testimonio de la disciplina de los hombres del reemplazo. Por el contrario, los propagandistas de la derecha fascista habían terminado por caer en sus propias ficciones, imaginando que el Duce había transformado a los italianos en un pueblo de leones y dado a Italia (sin carbón ni acero) una fuerza militar de primer orden. Spengler había ya concedido a Mussolini el imperio de Africa del Norte, caído en las manos decadentes de la democracia francesa.
17. Op. cit. pág. 171. "A new power succeeded, more formidable to the liberties of Europe, possessing all the advantages of the former, and labouring under none of its defects, except a share of that spirit of bigotry and persecution, with which the house of Austria was so long, and still is, so much infatuated".
18. Op. cit. pág. 176. "No va hasta el límite extremo de la victoria si teme que, al continuar, el combate, vaya a destruir a un enemigo temporal necesario para el equilibrio del sistema. Sin embargo, si la eliminación de uno de los actores principales trae consigo, directa o indirectamente, la entrada en escena de un actor equivalente, se preguntará cuál de los dos -el actor antiguo o el nuevo- es el más favorable a sus propios intereses.
19. Op. cit. pág. 103-104. "La apuesta japonesa de 1941 era insensata, ya que, sobre el papel, el Imperio del Sol Naciente no

tenía la más mínima posibilidad de vencer y no podía evitar ser derrotado, salvo en el caso de que los americanos hubieran sido demasiado cobardes para vencer. El envite hitlerista era aventurado, y un jefe legítimo de Estado no lo hubiera hecho, mientras Alemania hubiese podido obtener más sin combatir, con la sola amenaza de la guerra, siendo tan desmedidos los peligros de la derrota. No obstante, el envite no estaba perdido por adelantado.

Hitler venció en todas las oportunidades hasta el armisticio de junio de 1940. Este fue, para utilizar las palabras de Clausewitz, el punto culminante de la victoria. A partir de este momento multiplicó los errores. No se decidió a tratar a Francia ni como enemigo irreductible ni como aliado recuperable. Dudó en invadir a Inglaterra y escogió, por último, el empleo de la Wehrmach desocupada en una campaña de Rusia. Responsable de la diplomacia, forjó él mismo la gran alianza que había intentado prevenir. Responsable de la estrategia, no tuvo el coraje de llevar hasta el fin la concentración de fuerzas, concentración que quizá le hubiera dado una serie de éxitos definitivos. Responsable de la misma dirección de los ejércitos erigió en imperativo categórico a la resistencia sobre el terreno. Como jefe de la guerra, esperó hasta el final una disociación de la alianza enemiga y terminó por morir, en una catástrofe wagneriana, habiendo perdido desde hacía ya largo tiempo el contacto con la realidad.

Hitler no tuvo el monopolio de los errores. Si en última instancia Stalin jugó a ser el más listo, no nos atrevemos a atribuirle a su genio el mérito de ello. Una vez que Alemania estuvo eliminada, no se levantaba obstáculo alguno ante la penetración rusa. Hubiera bastado con que los americanos hubieran tenido conciencia, desde 1942, de la contradicción de los intereses soviéticos y los intereses americanos, para que el dueño del Kremlin hubiese tenido un difícil papel que jugar. No fue este el caso. Invitado a intervenir para dar el golpe de gracia al Japón, y autorizado a ocupar la Europa del Este hasta la mitad de Alemania, aceptó sin hacerse de rogar, lo que tan graciosamente le era ofrecido".

20. Op. cit. pág. 749.

21. Op. cit. pág. 252. Los grandes conquistadores, desde los mongoles hasta los españoles, no se preocuparon casi de justificar sus empresas, y en la medida en que las justificaban, era para invocar la superioridad de su fuerza, de su civilización o de sus dioses.

22. Op. cit. pág. 321. "En América del Norte, la colonización es más importante que el imperialismo. En Asia, y en Africa, el imperialismo superaba a la colonización. El caso del Imperio español en América del Sur era intermedio".
23. Op. cit. pág. 318-319. "¿Por qué el Imperio, en el transcurso de los tiempos modernos, ha sido interpretado cada vez - con mayor frecuencia en términos económicos o en términos espiritualistas, y cada vez menos en términos francamente políticos, al ejemplo de los griegos? Durante una primera fase digamos, simplificando, del siglo XVI al XVII, las conquistas imperiales son evidentemente rentables. Sería insensato pretender que los exploradores o ni siquiera los mercaderes, estaban animados exclusivamente por el deseo de beneficio, tan sólo por la sed de oro y de plata. La psicología de los conquistadores españoles en América no se presta a una simplificación tan grosera. Puede ser que se invocase la misión religiosa, con el fin de tranquilizar los problemas de conciencia que suscitaban la enormidad de los beneficios y el cruel destino infligido a los indígenas. La llegada de los metales preciosos y la posesión de lejanas tierras colmaban a España de poder y riqueza. ¿Por qué preguntarnos sobre la participación respectiva de los distintos móviles en la conducta de los conquistadores?".
24. Op. cit. pág. 144. "Los españoles, por un lado, y los incas y los aztecas, por otro, eran esencialmente diferentes. Los conquistadores vencieron a pesar de su inferioridad numérica, gracias a los resentimientos de las tribus sometidas al pueblo soberano de ambos imperios, al mismo tiempo que por la eficacia terrorífica de sus armas. Los conquistadores destruyeron civilizaciones que no podrían ni querían comprender, sin tener siquiera conciencia de cometer un crimen".
25. Op. cit. pág. 373.
26. Op. cit. pág. 349. "En resumidas palabras, la pluralidad de objetivos que una unidad política puede contemplar, la dualidad esencial de la potencia hacia el exterior y del bien común (coherencia de la ciudad o moralidad de los ciudadanos) hacen del interés nacional el fin de una búsqueda, pero no un criterio de acción".
27. Op. cit. pág. 349.
28. Op. cit. pág. 272-273.

29. Op. cit. pág. 277. "Pero cuando se trata de naciones igualmente civilizadas y de ciudadanos valerosos, sostenidos en idéntico grado por el sentimiento del honor, está máxima se hace rigurosamente cierta y es la nación más numerosa la que posee el ascendiente militar y político, con todas las ventajas morales y materiales que de ello se deduce".
30. Op. cit. pág. 284. "El Imperio francés del Mediterráneo, con el que soñaba Prévost-Paradol y en el que veía la suprema esperanza de evitar para su patria, en un universo dominado por los anglosajones, un destino comparable al de Atenas dentro del Imperio romano, se ha disgregado porque no estaba poblado por ciudadanos, sino por súbditos. Digámoslo, no sin tristeza: el resultado está más de acuerdo con las leyes de la historia, que la propia aventura, pues una nación que se despuebla tiene pocas posibilidades de conservar un imperio, a pesar de que haya encontrado la ocasión de edificarlo.
31. Op. cit. pág. 367.
32. Op. cit, pág. 411.
33. Op. cit. pág. 414.
34. Op. cit. pág. 414.
35. Op. cit. pág. 434.
36. Duroselle, J.B. "Historia Diplomática de 1919 a nuestros días," Dalloz, París, 1981. 8ª edición.
37. Op. cit. (1). pág. 376.
38. Op. cit. pág. 376.
39. Op. cit. pág. 376.
40. Op. cit. pág. 382.
41. Op. cit. pág. 378. "La adquisición de conciencia histórica, el reconocimiento de la diversidad, según las épocas, de las instituciones, de los tipos de unidades, de las mismas ideas, han sugerido a los autores modernos dos mecanismos diferentes de la decadencia. El cambio, y no ya la permanencia, es inevitable al mismo tiempo que deseable. Desde este momento, el conservadurismo puede convertirse en una causa de ruina".

42. Op. cit. pág. 383. "Las circunstancias a las que Francia, España y Alemania han debido su acceso al primer rango fueron demasiado diversas para que puedan ser insertadas en un esquema único".
43. Op. cit. pág. 384. "Se puede argumentar en el caso de España que el declinar de la cultura haya seguido el del poder; pero sería más difícil hacerlo en el caso de Francia".
44. Op. cit. pág. 384.
45. Op. cit. pág. 379. "Los filósofos, Hegel en particular, han sugerido una interpretación global de lo que podría llamarse el conservadurismo histórico. Una colectividad humana organizada en "Estado de poder" (Macht Staat) obtiene su vitalidad de una idea histórica. Si esta idea llega a faltar o ya no está de acuerdo con las necesidades de la época, la colectividad parecerá vaciarse poco a poco de sustancia y será cada vez menos capaz de crear obras culturales".
46. Op. cit. pág. 379. "Ha sido al negarse a aceptar las instituciones liberales por lo que Francia ha precipitado su envilecimiento. Lo que hace inevitable este envilecimiento, afirmaba una última escuela, es el descenso de la natalidad: a la larga, entre naciones de un mismo nivel de civilización, es el número el que fija la jerarquía. No existe ningún genio militar que pueda obtener la victoria en el campo de batalla, si la batalla de las cunas ha sido ya perdida".
47. Op. cit. pág. 361.
48. Op. cit. pág. 691. "Ahora bien, en la medida en que la conducta diplomático-estratégica está dominada por el riesgo o por la preparación de la guerra, obedece, y no puede dejar de obedecer, a la lógica de la rivalidad y olvida -y tiene que olvidar- las virtudes cristianas, en cuanto éstas sean contrarias a las exigencias de la competencia".
49. Op. cit. pág. 130.
50. Op. cit. pág. 119.
51. Op. cit. pág. 119-120.
52. Op. cit. pág. 469.
53. Op. cit. pág. 581.

54. Op. cit. pág. 765-766. "Mientras subsista una pluralidad de soberanías militares, es imposible decretar que, en sí, la reducción de armamentos sea favorable o desfavorable el mantenimiento de la paz. La limitación de un tipo de armamentos (acorazados) desplaza la competencia más que la suprime. Si una de las grandes potencias (Estados Unidos) reduce en tiempo de paz su armamento a un nivel sin proporción alguna con su potencial, ello colabora a que los Estados rivales desconozcan la fuerza que es capaz de movilizar o la resolución de que hará prueba en el curso de hostilidades. Igualmente, si uno de los campos no rearma, o no rearmó lo suficientemente de prisa, mientras que el bando enemigo se ha lanzado a un vasto programa de armamentos, esta aceptación de la inferioridad es a menudo de un carácter tal como para precipitar, no para prevenir, el estallido. En los sistemas internacionales de los que la historia nos ofrece ejemplo, el equilibrio de fuerzas no ha impedido nunca, a la larga, las guerras, pero el consentimiento del desequilibrio ha precipitado o provocado a veces un conflicto particular, que no era inevitable o que no lo era hasta el momento en que tuvo lugar".
55. Op. cit. pág. 797. "Me imagino la sonrisa del escéptico, el desprecio del "intelectual de izquierdas", convencido de que el bando soviético, porque se bautiza a sí mismo socialista, lleva consigo las esperanzas de la Humanidad. Para agravar mi caso iré hasta el límite de mi pensamiento: los intelectuales que se consideran "humanitarios", que se consideran partícipes de la tradición de las Luces y que reservan sus simpatías para el campo soviético y se niegan a hacer distinciones entre los dos gigantes (bárbaros), me parecen alcanzados por una perversión del sentido moral. Entre una sociedad de esencia totalitaria y una sociedad de esencia liberal, aquel que, sin haberse adherido a la nueva fe, escoge la primera o no apercibe entre las dos más que matices, ese hombre está ciego ante los valores fundamentales".
56. Op. cit. pág. 923. "El individuo responsable de una colectividad privada o pública, justo a los ojos de los demás, debe reclamar lo que les es debido porque ello no es un bien suyo propio, sino el de las personas cuyo mando ha tomado y cuya carga ha asumido. Ningún príncipe tiene derecho de hacer de su nación el Cristo de las naciones. Una nación que tiene la voluntad de vivir, que afirma, pues, una voluntad de poder entre las demás, no es por ello inmoral. El pesimismo de los realistas americanos tiene a menudo por origen una falsa o excesiva idea de lo que exige la moralidad".

57. Op. cit. pág. 806. "Indudablemente, occidente tiene por enemigo político-ideológico al régimen soviético, que ha decretado que los regímenes constitucionales-pluralistas están condenados a muerte por la ley de la historia, y que se las ha ingeniado para precipitar la ejecución del veredicto. Pero dejaría de considerar al régimen soviético como enemigo, desde el día en que este último dejase de negarle el derecho a la existencia. Los ideólogos marxistas-leninistas, podrían objetarse, no estarían en situación de acordar ese derecho a la existencia sin renegar a los mismos principios de su fe. Sin duda, en este sentido, Occidente desea la desaparición de la ideología soviética de la misma manera que ésta desea la muerte de Occidente. Pero la ideología soviética, en nuestra opinión, estaría muerta desde el día mismo en que hubiese reconocido su propia limitación".
58. Op. cit. pág. 925.
59. Op. cit. pág. 439. "La dificultad de la paz depende más de la Humanidad que de la animalidad del hombre. La rata que ha recibido una paliza se somete al más fuerte y la jerarquía de denominación se hace estable. El lobo que ofrece su cuello es perdonado por su vencedor. El hombre es el único ser capaz de preferir la insurrección a la humillación, y su verdad a la vida".
60. Aron Raymond. "Los últimos años del siglo (obra póstuma). Espasa Calpe, 1984. pág. 141.

#### NOTA FINAL

Escritas estas "marginales", se han publicado en español (Alianza Ed. 1985) las "Memorias" de Raymond Aron y aunque pensada no era más que de la obra fundamental "Paz y Guerra entre las Naciones", no sería consecuente con la finalidad buscada de incitar a la construcción de "nuestra propia" estrategia por la lectura predeterminada de obras fundamentales del pensamiento, si no incluyera una alusión muy de pasada, a esta abierta, sincera vida, repleta de impresiones válidas, de datos, de deducciones - útiles, de un hombre, que puede gustar o no, tener nuestras ideas o las contrarias, pero que no hay duda, desarrolló su actividad, que no fue poca, por Francia y para Francia, en un ejemplo digno, de todos los elogios y de seguirse con el mismo tesón y análogo esfuerzo.

La explicación a nuestra duda de su conocimiento de lo español, de España, nos la aclara él mismo, cuando nos dice: Conozco demasiado mal la España de ayer y de hoy... como para - emitir juicio (pág. 130) ¡Que lástima!